



LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN MÉXICO: UNA MIRADA FRENTE A 1994

*Alberto Aziz Nassif **

El retraso democrático, a partir de hoy, le costará a México más que nunca. Costará prestigio, credibilidad, inversión, mercados; auténtica modernización. Por el momento, México, en términos democráticos, no pasa ni de panzazo. Merece apenas un cinco de calificación. En agosto de 1994 deberá merecer, por lo menos, un ocho.

Carlos Fuentes

1

. Algunas hipótesis de entrada

El sistema de partidos en México ha sido una de las expresiones más importantes de la vida política en las últimas décadas, ya sea como una pieza débil y formal o como lo que ha empezado a ser en los últimos años: un sistema heterogéneo de tres ejes básicos, desplegado en un territorio desigual, que cubre desde el multipartidismo competitivo hasta el formato de partido casi único.

Durante décadas el sistema de partidos en México fue analizado como parte de un conjunto autoritario, con elecciones no competitivas y de corte hegemónico. Un solo partido, el oficial, que nació en 1929 como Partido Nacional Revolucionario; que en 1938 se transformó en una estructura corporativa de sectores, adoptando el nombre de Partido de la Revolución Mexicana, y que, desde 1946 con el nombre de Partido Revolucionario Institucional (PRI) ha hegemonizado y dominado el escenario político del país.

* Investigador del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, CIESAS, y profesor de la Sede Académica de México, de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO

En los años ochenta ha ocurrido un cambio fundamental en el sistema mexicano de partidos: el PRI ha pasado de ser la representación de las *mayorías* organizadas del país, un organismo casi único, a ser un partido dominante cuyas tendencias históricas de votación han ido a la baja de forma paulatina, con una fuerte caída en la sucesión de 1988 y una recuperación en 1991.¹

En los cambios profundos del país es donde mejor se pueden ubicar los cambios políticos del PRI; es decir, su pérdida de votos ha sido proporcional al crecimiento de los indicadores de la modernización: escolaridad, información, una población mayoritariamente urbana, altos grados de diversificación profesional y laboral.² Estos cambios han generado una mayor pluralidad, la cual se refleja en una participación que ha crecido, a pesar de que las cifras oficiales señalen lo contrario.³ Aunque la credibilidad de las cifras oficiales es extremadamente baja, el problema de fondo de esa desconfianza se ubica en otra parte.

La modernización medida en cifras no ha tenido una forma de correspondencia con el avance de la modernidad. Para decirlo en palabras de Norbert Lechner, la racionalidad técnico-formal no ha crecido a la par de la racionalidad ético-política, por lo cual el *progreso* no ha generado un sistema democrático y un Estado de derecho.⁴ Esta situación nos conduce a un planteamiento hipoté-

¹ En un estudio del sistema electoral, Juan Molinar plantea la siguiente hipótesis: "la tendencia al debilitamiento de la base electoral del PRI tiene causas de tipo estructural. Prácticamente todos los estudios conocidos, independientemente de las diferencias teóricas y de metodología que presentan, han concluido afirmando que existe una clara asociación negativa entre las variables más representativas de la modernidad social y el voto priísta". Molinar H., Juan. *El tiempo de la legitimidad. Elecciones, autoritarismo y democracia en México*, México: Editorial Cal y Arena, 1991, p. 166.

² Por ejemplo, Pablo Latapí señala que entre 1970 y 1990 hubo una expansión general del sistema educativo; en primaria completa se pasó de 17 por ciento a 26.9 por ciento; en educación superior se pasó de 4.1 por ciento a 10.8 por ciento. En *Proceso* núm. 884, 11 de octubre de 1993.

³ Un dato interesante al respecto es que las elecciones presidenciales del 6 de julio de 1988 fueron a simple vista las de mayor participación y las que produjeron la famosa *caída* del sistema de cómputo; sin embargo, las cifras oficiales indican que la abstención fue la mayor de las últimas tres décadas.

⁴ Lechner, Norbert. *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. Santiago: FCE, 1990.

tico del siguiente tipo: México atraviesa desde 1968 un largo periodo de crisis institucional, que ha desembocado en una conflictiva transición democrática, la cual ha tenido un ritmo desigual, un tiempo muy largo y en la actualidad forma parte de un proceso incompleto.

El planteamiento anterior no tendría grandes problemas para ganar consenso entre los políticos, estudiosos, y una parte significativa de la ciudadanía. El problema se encuentra en la evaluación de los tiempos, los ritmos y las rutas que se requieren para llegar a completar ese proceso; aquí es donde empiezan los desacuerdos. En las diferencias sobre cómo transitar a la democracia en México ocupa un sitio central la trama de las estrategias de los partidos políticos.

Pero antes de discutir las divergencias sobre el cómo y el cuándo de la transición mexicana, es necesario plantear un esbozo del perfil partidista mexicano, es decir, con qué actores e instituciones contamos hoy en día.

Sin desechar del todo las jerarquías de los clásicos pares sobre posición ideológica y estrategia política, que han servido para analizar a los partidos en México, como oposición/gobierno, izquierdas/derechas, la propuesta básica de este trabajo es la discusión de las siguientes hipótesis:

a) El sistema de partidos en México se encuentra en una fase de construcción problemática, la cual es posible por el avance en el grado de competitividad electoral y, al mismo tiempo, es un proceso que se ve obstaculizado por la incertidumbre y los conflictos para las alternancias de gobierno.

b) El sistema mexicano de partidos se encuentra estructurado en dos niveles; el primero está compuesto por tres grandes institutos que compiten de forma desigual por el poder y el segundo se integra por un grupo de otros siete partidos pequeños que tienen un perfil regional aunque la legislación actual les otorgue el calificativo de partidos nacionales. Ambos niveles están cruzados por dos ejes de cultura política: la relación entre los principios y las líneas de acción, para definir la relación entre la oposición y el gobierno.

c) El sistema de partidos en México se desarrolla por diversas lógicas que no necesariamente coinciden, las cuales dependen tanto del tipo de competencia electoral, municipal, estatal o nacional, como del tipo de alianzas y personalidades que se logren conjuntar.

d) El sistema de partidos en México es una estructura relativamente débil, no sólo por encontrarse en una fase de formación, sino también porque en sus formas de representación no logran incorporar a la mayoría de los ciudadanos, por lo cual el voto ciudadano no está enmarcado en corrientes ideológicas mayoritarias y definidas, los niveles de participación son muy variables y las tendencias históricas de votación se han empezado a modificar. Todo lo anterior ha generado un fenómeno nuevo: que las elecciones presidenciales se den en un escenario de tipo extraordinario, es decir, alejado de las tendencias históricas del sistema, por lo que los resultados tienen un alto nivel de incertidumbre.

e) El sistema de partidos en México se encuentra tensionado por dos elementos que generan un conflicto permanente en las reglas de la competencia: un presidencialismo fuerte que inhibe la institucionalización democrática del sistema político y la presencia de un partido hegemónico/dominante que sigue conectado al aparato gubernamental, por lo que distorsiona la competencia.

2. El país de la difícil alternancia

Desde que las elecciones empezaron a ser el campo de batalla de las luchas por el poder y dejaron de ser una confirmación de decisiones previas, lo cual se agudiza con la crisis de 1982, se inicia propiamente en México la transición que hoy se disputa. Anteriormente se daban dos tipos de situaciones; también había conflicto electoral, pero de forma esporádica y dentro de un esquema de partido prácticamente único, lo cual dejaba a la oposición dos alternativas: empeñarse en seguir la lucha por ampliar los espacios democráticos, opción que eligió el PAN durante décadas, o hacer algún tipo de arreglos y alianzas con el gobierno para sobrevivir, por lo cual el PPS y PARM se hicieron la

fama de partidos paraestatales, al igual que hoy sucede con el PFCRN (antes PST).⁵

A pesar de que durante décadas el país se movió en un esquema de partido hegemónico, con un sistema de elecciones no competidas, la disputa electoral nunca dejó de representar un ámbito de preocupación gubernamental. Tal vez por esa razón los hombres del gobierno no dejaron de ajustar las reglas del juego electoral de forma casi permanente. Sin embargo, las reformas electorales constantes (1946, 1951, 1954, 1963, 1973, 1977, 1986, 1989, 1993) han tenido la intención de adecuar las reglas para seguir con el régimen de democracia tutelada, o sea, una situación en la que se puedan alterar los resultados y acomodarlos de acuerdo con intereses dominantes para mantener el mismo sistema de partido casi único. Inclusive en las últimas reformas del sexenio salinista se ven algunas marcas destinadas a quitarle los peligros que amenacen la alternancia en el poder. Un claro ejemplo de estos temores son las restricciones que a partir de la reforma de 1989-1990 se establecieron para formar coaliciones de partidos, ya que en 1988 el Frente Democrático Nacional se integró por una amplia coalición de partidos.⁶

La característica de falta de competitividad electoral, se ha debido históricamente a una combinatoria: la fuerte imbricación de partido y gobierno, junto con la incapacidad de la oposición para la alternancia y, a la vez, la represión en contra de los

⁵ PAN: Partido Acción Nacional; PPS: Partido Popular Socialista; PARM: Partido Auténtico de la Revolución Mexicana; PFCRN: Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional, antes Partido Socialista de los Trabajadores. Para ampliar el estudio de los partidos políticos se puede consultar el libro de Pablo González Casanova, *El Estado y los partidos políticos en México*, México: ERA, 1981; y el artículo de Crespo, José Antonio, "La evolución del sistema de partidos en México", en *Foro Internacional*, vol. XXI, núm. 4. El Colegio de México, abril-junio de 1991.

⁶ Un recuento de las reformas políticas hasta 1978 se puede ver en el artículo de Paoli, José Francisco, "Legislación electoral y proceso político 1917-1978", en *Jurídica*, tomo I, núm. 16, México: Universidad Iberoamericana 1978; la reforma de 1989 se puede ver en nuestro trabajo "La reforma electoral: adecuaciones a una democracia tutelada", en el tomo II de *Estado y política del nuevo Estado mexicano*. México: Nueva Imagen, 1992; y un recuento de la última reforma puede consultarse en el artículo de Woldenberg, José, "Lo que cambió", *La Jornada*, 25 de septiembre de 1993.

opositores que querían dejar de ser *minoría* en alguna región del país.

El país de la difícil alternancia está soportado en dos situaciones que de entrada tensionan cualquier elección en donde la oposición tiene fuerza: por una parte, hay un debate sobre el respeto a las reglas del juego y nunca se sabe si los comicios tendrán algún tipo de fraude; por otra parte, la relación del gobierno con el PRI establece una situación de inequidad que distorsiona la competencia.

Tal vez por ello la alternancia del poder en México ha sido escasa, por no decir que rara; se ha dado irregularmente en niveles municipales, y apenas en el sexenio salinista fue en niveles estatales de gobierno. Hace sólo unos años, durante la década de los ochenta, la alternancia de gobernadores era vista como un problema de seguridad nacional; lo sorprendente del caso es que no se trataba sólo de una falsa postura para esconder intereses autoritarios, sino de una convicción entre la clase política priísta. El día que el PAN gobierne algún estado fronterizo, ese día lo venderá a los estadounidenses. Más o menos así pensaba un priísta medio en pleno sexenio de Miguel de la Madrid.⁷

Las tendencias estructurales del voto priísta en los últimos 40 años han mostrado una caída paulatina y a veces irregular de ese partido en el escenario nacional. Si tomamos el año de 1961 como fecha inicial, cuando el PRI obtiene 90.3 por ciento, vemos que hasta 1988, cuando llega a 50 por ciento, no deja de bajar. Ello, con la única excepción de 1976, año en que el candidato tricolor no tiene contrincante. En esa ocasión, debido a la falta de registro legal, el Partido Comunista Mexicano, decide participar en las elecciones y lanza a un viejo luchador social, Valentín Campa, quien fue más un símbolo de protesta que un candidato de oposición propiamente.⁸

⁷ Para documentar el caso se puede ver el conflicto electoral de 1986 en el estado de Chihuahua y la justificación de lo que se llamó *fraude patriótico*.

⁸ Las tendencias estructurales las tomamos del texto de Molinar, *op. cit.*, pp.158 y 159.

3. Algunas paradojas de los partidos políticos

A pesar del panorama anterior, podemos estar de acuerdo en que las elecciones han ganado una posición central en México y en que la falta de alternancia resulta cada vez más conflictiva porque genera condiciones de ingobernabilidad. Esta paradoja provoca que los partidos políticos en México se encuentren atrapados en una complicada situación: en efecto, la época de partido casi único ha terminado, sin embargo, las prácticas de este tipo de régimen todavía dominan el escenario.

Resulta difícil la construcción de un sistema de partidos cuando se dan las siguientes paradojas:

a) El PRI está atrapado en sus propias inercias y sujeto a un doble jaloneo: desde arriba, por la presidencia y las cúpulas de dirigentes entre los cuales hay fuertes desacuerdos para cambiar al partido; y desde abajo, por las bases, que se desesperan ante la falta de un proyecto claro de reforma. El PRI, como lo conocemos, ha cumplido su hora, como lo señaló hace algunos años Octavio Paz.

De forma paradójica, el que más necesita convertirse en un partido real y creíble, que compita con sus propios recursos frente a una oposición que cada día tiene más fuerza, es el mismo PRI. Baste con revisar las últimas tres asambleas nacionales (XIV, XV y XVI) para ver con detalle los conflictos de la reforma del PRI. Pero al final de cuentas lo que debe importar a la mayoría de la población no es la reforma del PRI, sino que no haga fraude y que no distorsione la competencia electoral. El problema es que tal vez son dos caras de una misma moneda, porque mientras el PRI no se reforme, el resto del sistema de partidos también se verá obstaculizado para avanzar hacia un modelo plural y de elecciones competidas.

b) El PAN se encuentra frente a dos evaluaciones por demás paradójicas. Para unos, ha dejado de ser un partido de oposición por la *alianza estratégica* que mantiene con el gobierno salinista, lo cual hace que se haya desdibujado como una opción opositora creíble; para otros, el PAN nunca había logrado gobernar a más de 13 millones de mexicanos, tres gobernadores –de los cuales

Guanajuato es producto de una negociación- y decenas de municipios, varios muy importantes, y con una perspectiva de crecimiento regional en el corto plazo; ello, además de contar con el segundo grupo parlamentario.

Si en algún partido se pueden ver las marcas de la centralidad electoral y de los cambios políticos de los últimos años es en Acción Nacional. En efecto, para quienes piensan que la política que debería practicar la oposición empezaba y terminaba en los principios y los triunfos morales, lo que ha hecho el PAN en los últimos años -negociar- representa un horror. Para los que saben que la política, inclusive la democrática, está poblada de negociaciones y acuerdos, el PAN ha sido un actor de peso que ha ganado espacios por lo cual la ciudadanía lo premia con votos.

A pesar de los avances electorales, Acción Nacional sufrió una de sus crisis internas más graves. En octubre de 1992 nueve de sus más destacados dirigentes rompieron su vínculo con el partido y crearon el Partido del Foro Democrático, que hasta ese momento era un grupo disidente de la dirección nacional que comandaba Luis H. Álvarez. El nuevo partido no logró obtener el registro y un año después decidió apoyar la candidatura de Cuauthémoc Cárdenas.

c) El PRD ha sido el partido excluido del salinismo. Es un partido que juntó a la izquierda histórica con el priísmo de izquierda, que representa una tradición. Dicha alianza significó la escisión más importante que ha sufrido el partido del Estado y contribuyó a acelerar la posibilidad de llevar al país a un tránsito democrático. Hasta la fecha el PRD no ha tenido un perfil claro, si es que es posible que llegue a tenerlo. El perredismo es el polo que representa el punto de centro-izquierda en el esquema ideológico-partidista del país.

El PRD ha sido un partido que se ha movido en el filo de la navaja, apelando a la legalidad, pero inculcado de provocar la violencia. Este partido ha estado cruzado también por una doble tensión: internamente, para lograr un equilibrio entre sus partes, y externamente, para sobrevivir a la exclusión gubernamental. Entre la figura de un líder poderoso, Cuauthémoc Cárdenas, y la necesidad de institucionalizarse, han transcurrido sus primeros años. La gran paradoja del PRD es que ha sido un actor que

también ha permitido la gobernabilidad del país a pesar de que se le acusa de provocar la violencia. Se puede establecer que el perredismo ha sido una opción política y electoral para muchos grupos del país que podrían haber escogido la vía de la violencia, como en los años setenta.

d) Del resto habría que decir que su importancia estaría en función de sus votos, por lo cual se pueden configurar dos grupos: el primero, formado por los partidos que en 1991 se quedaron sin registro por no obtener el 1.5 por ciento (el Revolucionario de los Trabajadores, PRT; el Demócrata Mexicano, PDM; el del Trabajo, PT; y el Ecologista Mexicano, PEM); y el segundo, integrado por los que conservaron su registro y que se conocen como *paraestatales*: PARM, PPS y PFCRN, es decir, los que giran alrededor de la órbita del gobierno y del PRI y no son independientes. La tendencia del voto debería marcar la fuerza real de estas organizaciones y ubicarlas como lo que en realidad son: actores regionales y locales, pero no partidos nacionales.

Sin embargo, la paradoja es que estos partidos chicos pueden ser útiles para el PRI. Ahora que el sistema de partidos se ha perfilado sobre tres grandes polos, los chicos tienen que replantearse el futuro, porque a medida que la disputa crezca entre los grandes, se marcarán techos cada vez más definitivos para los chicos.

4. Entre los principios y la negociación

Una de las razones políticas que ha dividido a la oposición ha sido la estrategia frente al gobierno y al momento político de la supuesta transición democrática.

Históricamente tenemos una división: de un lado, los revolucionarios que veían en las urnas un medio para lograr fines superiores, convicción que crea una amplia cultura política en donde se cobija desde la izquierda hasta el PRI; y del otro, los liberales y conservadores que aspiraban a tener una democracia electoral en México, en cuya posición se ubica de forma emblemática el panismo.

Izquierdas y derechas han estado separadas profundamente durante años. Sin embargo, durante la década de los setenta y,

de forma más consistente, a partir de la reforma política de 1977, se empieza a dar un factor que acerca a la oposición sin pasar por las ideologías fundacionales, lo cual tiene que ver con la distancia o cercanía frente a un sistema político autoritario, que en el fondo acerca o aleja, separa o junta a los actores en razón de la democracia electoral.

Si éste era el cuadro hace 20 años, hoy se puede ver que la disputa por la democracia ha unificado a la oposición de izquierda y derecha en ciertos reclamos, aun cuando las personalidades y las estrategias los han vuelto a separar.

La ruptura cardenista del PRI y la formación del Frente Democrático Nacional, que juntó a diversos partidos y organizaciones para quedarse con 30 por ciento de la votación –casi seis millones de votos según las impugnadas cifras oficiales– fue como una pesadilla para los panistas, que durante 50 años de lucha consistente nunca llegaron a pasar de 20 por ciento de los votos en una elección presidencial, y que incluso con Manuel Clouthier, candidato presidencial muy fuerte que murió accidentalmente un año después del conflictivo proceso de 1988, apenas alcanzaron 16 por ciento, un poco más de tres millones doscientos mil votos. De alguna manera en esta paradoja extraordinaria y cruel de la política están asentadas una parte de las divisiones y desconfianzas entre PAN y PRD.

La situación de cada actor era muy diferente: el PRD se formó como conclusión de las elecciones presidenciales. El mismo Cárdenas señaló que ese partido nació el 6 de julio de 1988, y además, los cardenistas alegaron haber ganado las elecciones. En cambio en los medios panistas dominaba una sensación extraña que motivó su análisis de esa coyuntura. Para algunos de los panistas la división cardenista era una treta más del sistema para restarle importancia a ellos.

Un resultado fue que el PAN se sentó a la mesa con Salinas de Gortari casi al día siguiente que tomó posesión, mientras los cardenistas hicieron una declaración de guerra al nuevo gobierno. Para el panismo el presidente se podría legitimar en los hechos si procedía a hacer una reforma política; en cambio, para los cardenistas la ilegitimidad de origen no tenía más solución que unas elecciones extraordinarias.

Así que en tanto uno ocupó el papel del interlocutor y negociador que por una vía gradual impulsaría los cambios, el otro se replegó, endureció sus declaraciones y se colocó en la estrategia por un cambio radical. La primera experiencia que probó las dos estrategias en un proceso electoral fue en 1989. Mientras a los panistas se les reconoció su primera gubernatura en el estado de Baja California, los cardenistas fueron víctimas del fraude en el estado de Michoacán, este fenómeno fue la confirmación de una diferencia que sería regla durante todo el sexenio, una *democracia selectiva*.

Una de las pistas más sugerentes de cultura política que explica lo que ha pasado con la oposición durante el salinismo es la que estableció Jorge Alonso.⁹ Tanto en el PRD como en el PAN hay dos posturas que coinciden: una es la que considera que es más fácil aliarse con la oposición aunque sea de signo contrario para lograr avances democráticos y presionar al gobierno a pactar mejores condiciones para una transición; ella establece una actitud de principios frente al gobierno y de pragmatismo frente a la oposición de signo ideológico contrario. Esta situación llevó al PAN a una división interna y el grupo que salió se integró bajo las siglas del Partido del Foro Democrático, que como una prueba de la hipótesis anterior, ha decidido apoyar la candidatura de Cárdenas para 1994.

El otro segmento se ubica en la contraparte. Puede ser compartida por sectores marginales del perredismo, en tanto es la línea dominante en el PAN. La posición consiste en rechazar las alianzas con la izquierda porque los principios son diferentes; en cambio, con el gobierno puede haber acercamiento porque se puede avanzar mediante una cierta dosis de pragmatismo. Así tenemos una oposición principista frente al gobierno y otra negociadora y pragmática, y al mismo tiempo, hay una oposición pragmática con otro sector de la oposición, pero muy principista en la relación con el gobierno salinista.

⁹ Conversación con el autor.

5. El fin del sistema de partido hegemónico y la construcción de otro

Tres años después de 1988, el PRI realizó una gran restauración y en las elecciones intermedias de 1991 logró borrar simbólicamente la traumática sucesión presidencial. La operación fue la siguiente: la elección del 18 de agosto de 1991 fue inversamente proporcional a la de 1988, con lo cual el PRI logró una votación superior a 60 por ciento: ganó 96.6 por ciento de los 300 diputados de mayoría. Parecía como si hubiéramos regresado a los viejos tiempos.

¿Qué sucedió y cuáles son las explicaciones? La elección en la que el PRI se restauró, porque volvió a ganar los votos que le quitó el cardenismo en 1988, fue la operación de suma cero entre los hermanos separados. En efecto, el PRI ganó porque puso en práctica una complicada operación en donde el sistema se la jugó con todo lo que había realizado en los primeros tres años del sexenio: el Programa de Solidaridad (Pronasol), las acciones espectaculares del presidente Salinas, las expectativas de mejoramiento social y la maquinaria del PRI que trabajó su operación de *ingeniería electoral*. Estas elecciones intermedias fueron leídas por el gobierno como el apoyo que finalmente conquistó el proyecto salinista y que el malestar de 1988 no dejó prosperar.¹⁰

La explicación oficial fue la siguiente: en 1988 el Presidente señaló que había terminado la época de partido prácticamente único; tres años después dijo que en México había un partido dominante que había gobernado por décadas, al igual que pasaba en Japón, Italia o Suecia. Lo único que faltó en la comparación fue establecer que puede haber partido dominante en un régimen democrático como en los casos señalados, y partido dominante en sistemas autoritarios, como es el caso mexicano.¹¹

¹⁰ Las acciones espectaculares fueron la desarticulación de viejos liderazgos en el gremio petrolero y en el sindicato de maestros, la renegociación de la deuda externa y el reconocimiento de la primera gubernatura a un partido de oposición, entre otras.

¹¹ Para documentar el análisis de las elecciones de 1991 se puede consultar nuestro trabajo "1991: las elecciones de la restauración", en Aziz Nassif, Alberto *et. al.* *Las elecciones federales de 1991*, México: CIIH-UNAM y M. A. Porrúa, 1992.

Entre 1988 y 1991 prácticamente reinó la confusión sobre el tipo de sistema de partidos que existe en México. Si después del 6 de julio de 1988 se llegó a pensar que el país había cambiado, durante casi todo el sexenio habría un gran debate sobre las conflictivas urnas de la sucesión presidencial. Como sucede con los acontecimientos extraordinarios, como fue el movimiento estudiantil de 1968, el impacto de estas elecciones empezó a ser el catalizador de la política oficial del salinismo.

El anuncio del final de la época de partido prácticamente único fue un reconocimiento para los partidos políticos, pero al mismo tiempo un indicador muy ambiguo, pues muchos pensaron que en efecto ya estábamos en la antesala de un sistema democrático, competitivo y plural, y contra esta expectativa se fueron estrellando uno a uno los diversos procesos electorales conflictivos del sexenio. El triunfo panista en Baja California quedó como la excepción y el fraude al PRD en Michoacán como la regla, hasta llegar a la restauración de las elecciones federales de 1991.

Una hipótesis que hemos manejado para ensayar alguna explicación es la siguiente: estamos en un proceso de transición, por lo tanto es necesario establecer matices porque en México existen hoy, de forma simultánea, cinco formatos diferentes de sistema de partidos; tenemos una figura con dos extremos pequeños, el de partido prácticamente único y el plural, mientras que en el centro hay tres sistemas: el dominante sin crisis, el dominante en crisis y el bipartidista.

Cada categoría está acotada por un rango de votación del PRI y por la distancia con la oposición. Por ejemplo, el partido casi único se da cuando obtiene 70 por ciento o más de los votos; si su porcentaje es entre 60 y 69 por ciento es dominante; entre 54 y 59 por ciento es dominante en crisis, y cuando la distancia entre el PRI y su rival más cercano no pasa de 20 puntos porcentuales podemos hablar de bipartidismo. Así mismo, cuando hay más de dos partidos que compiten con el PRI y sus distancias de voto con respecto a éste no pasan de 20 por ciento podemos ubicar el multipartidismo, cuyo caso se puede reducir al Distrito Federal y a la zona conurbada de los municipios del Estado de México.

En las últimas tres elecciones federales (1985, 1988 y 1991) hay un desplazamiento importante del partido casi único, que en 1985 cubría 19 estados de la República, es decir, 65 por ciento del territorio nacional, y seis años después, en 1991, en otras elecciones intermedias, sin que la presidencia de la República estuviera en juego, esta categoría quedó reducida a sólo 30 por ciento del territorio. La categoría de partido dominante pasó a ser la más importante dado que cubrió la mitad del país. La tendencia parece ser que cada vez más territorios pasen a un sistema de partido dominante en crisis y de bipartidismo.¹²

Con estos datos podemos concluir que a pesar de tener elecciones con tendencias muy erráticas y grandes modificaciones, como fueron 1988 y 1991, hay un proceso de cambio profundo en México hacia la pluralidad, que se puede detectar a pesar de los escenarios nublados del conflicto electoral casi permanente.

Tal vez con los resultados de 1994 se pueda tener una perspectiva más clara de estos indicios que señalamos como una hipótesis para medir un fenómeno que se encuentra en proceso de construcción.

6. Dos lógicas y un territorio: lo nacional y lo regional

En una de sus últimas entrevistas Octavio Paz señaló que: "El cambio debe ser gradual y tiene que comenzar por la periferia, de las provincias al centro. Esto tiene dos ventajas adicionales: ir acabando con el centralismo que nos ahoga e ir preparando una nueva clase política. En realidad el proceso ha comenzado pero con lentitud y, salvo en Baja California, más bien a regañadientes. Una mayor sensibilidad política le habría ahorrado al gobierno los tropezones de Guanajuato, San Luis y Michoacán."¹³

¹² El estudio de los cinco formatos electorales es sólo un ensayo para medir los avances de la competencia electoral y se encuentra en nuestro trabajo, al que hacemos referencia en la nota anterior.

¹³ *Proceso*, núm. 885, 18 de octubre de 1993, p. 17. En los tres estados que se mencionan se hizo renunciar a los gobernadores del PRI, que supuestamente habían ganado, y se pusieron gobernantes interinos.

Una parte del problema se encuentra en este planteamiento de la transición: de las regiones hacia el centro y de forma gradual. Los dos procedimientos no acaban de encontrar una vía adecuada de conducción política y ahora en la parte final del sexenio y cuando la sucesión de 1994 está en camino resulta difícil imaginar un cambio significativo en este sentido. Habrá que reconocer que al salinismo ya se le acabó el tiempo y que será tarea del próximo gobierno instrumentar un proyecto político más eficiente para una conducción democrática.

Las regiones se comportan de diversa forma cuando se trata de una elección local o cuando es una elección federal; asimismo, si se trata de una elección presidencial el escenario se acomoda de muy diferente manera que en el caso de comicios, en que sólo se renueva el poder legislativo. Tradicionalmente la figura del candidato presidencial introduce un fuerte peso en las contiendas, mientras que las figuras del Poder Legislativo son muy débiles. Sin embargo, puede ser que ahora estemos en el inicio de una nueva etapa más competitiva también para senadores y diputados.

En las regiones se puede aplicar el esquema de los cinco tipos de formatos de partido, expuesto anteriormente. De hecho, los cálculos de votación se hicieron sobre una base estatal. Por el grado de conflicto poselectoral que han tenido varias regiones en los últimos años, se puede plantear como hipótesis que la tendencia regional es que aumente la competitividad política, lo cual llevará lógicamente a que la oposición crezca, y este aumento no es pasajero o coyuntural, sino que está fundamentado en los cambios profundos de nuestra modernidad, por lo cual dichos cambios pueden considerarse como no reversibles. Por ejemplo, una región que ha llegado al bipartidismo difícilmente regresará a tener un partido casi único.

Si miramos el escenario de los partidos de oposición en el mediano plazo podemos ver que los principales avances son de tipo regional, pero, al mismo tiempo, hemos llegado a observar que un conflicto local cobra dimensiones nacionales por la centralización política del país y por la forma en la que se encuentran estructuradas las reglas del presidencialismo y las conexiones del PRI con el gobierno. Dado este panorama se puede concluir que

el país requiere de una conducción más certera de la política respecto de las regiones, lo cual supone terminar con los procesos en los que una elección competida significa una elección conflictiva y de una mayor certidumbre frente al gradualismo de la transición. Se trata de una urgencia política de primer orden, porque en los últimos años se produjeron diez conflictos y una alternancia, luego otros conflictos y una reforma a la legislación electoral, y a los tres años otra reforma (1993). Esto no es gradualismo, sino la resistencia y la incapacidad para aceptar y conducir un proceso gradual.

Por otra parte, en el nivel nacional, la lógica y la ubicación de los partidos políticos se transforma. Lo que pasa a primer plano es la personalización de la política, que junto con otras incertidumbres sobre el respeto de las reglas del juego, producen situaciones extraordinarias, como la que tenemos hoy frente a 1994, cuando casi nadie puede pronosticar lo que sucederá. Y no hablamos de la incertidumbre democrática que impide tener ganadores antes de que los ciudadanos voten, como sucede con las elecciones no competitivas, sino al doble proceso de tener elecciones formales, y al mismo tiempo, la posibilidad de deslegitimar el proceso si las cosas no salen correctamente. Como las reglas no producen por sí mismas esa legitimidad, entonces la oposición y el gobierno se encuentran atrapados en el mismo juego de serpientes y escaleras: uno puede ganar al costo que sea, pero otro puede deslegitimar y establecer un veto.

En conclusión, las posibilidades de lograr un sistema de partidos más consolidado tiene que ver con los avances regionales de alternancias al igual que el ritmo gradual de una transición más o menos pactada y con certidumbre en algunas reglas básicas.

7. Los círculos viciosos: el pacto y los proyectos

El problema tal vez más agudo para terminar nuestra accidentada transición a la democracia, que marca nuestro futuro inmediato, se relaciona con el tiempo y el ritmo a los que nos hemos referido anteriormente. Éste es a la vez el eje de la disputa que atraviesa al país y a los partidos políticos frente a la sucesión: ¿es ya el tiempo para que exista la posibilidad de una alternancia en el poder o todavía no? y en caso afirmativo: ¿es 1994 ese tiempo? Sin

embargo, la transición democrática que se refiere a las reglas y al pacto que permitan al país tener comicios limpios como punto de partida, también está envuelta en otro nudo problemático: ¿cuanto se puede modificar la reforma económica del salinismo, sobre todo en sus niveles de integración económica, apertura de fronteras y finanzas públicas? Tal vez antes haya que preguntarse si el salinismo será un proyecto que cruzará su sexenio, como en su momento fueron el cardenismo y el alemanismo. En el cruce de estas dos avenidas se puede situar el eje de una nueva institucionalidad en México.

Estas interrogantes en torno al pacto político y al proyecto económico forman la agenda prioritaria de los partidos políticos frente a la sucesión de 1994. La convocatoria del Presidente a los partidos políticos en su *Quinto Informe de Gobierno* fue la de crear un pacto de civilidad para tener elecciones limpias y creíbles. La gran paradoja de los partidos de oposición frente a las elecciones presidenciales es cómo entrar en la discusión del proyecto económico cuando la vigilancia del cumplimiento de las reglas del juego electoral consume casi todo el tiempo y la energía política. Y la paradoja para el PRI es que para mantener la reproducción de su proyecto y su propia reproducción política necesita tener las manos libres y no atadas por un pacto de observancia estricta de las leyes. En las campañas el PRI se dedica a socializar el proyecto de su candidato y a *garantizar* su triunfo en las urnas.

Así tenemos, por una parte un pacto que resulta difícil de realizar porque implica riesgos altos para el PRI y, por la otra, una agenda de problemas nacionales que no tiene espacio para discutirse. El pacto sobre las reglas para mejorar el clima atraviesa varios círculos viciosos de nuestra cultura política, en la cual los partidos, como los principales actores, tienen varios nudos que impiden un clima de civilidad:

1. Cada actor deposita en el pacto todas sus necesidades y obsesiones; algunos no quieren perder nada, mientras otros quieren ganar todo, con lo cual el pacto se aleja de una negociación política y cae en el terreno del absoluto donde pareciera no haber salida, ni política, sino guerra.

2. En estos años se han acumulado conflictos políticos que condicionan la negociación de un pacto, y la pregunta que queda es: ¿cómo arreglamos el pasado inmediato? Por ejemplo, para el PRD hay cosas pendientes que necesitan solución, mientras para el PRI son hechos consumados o condiciones inaceptables. Entramos de nuevo en el círculo en donde son tantas las cuentas pendientes que pareciera que lo mejor sería seguir acumulándolas, porque el primero que dé muestras de civilidad pierde. A ese absurdo hemos llegado y para comprobarlo basta con ver las declaraciones de los principales dirigentes de los tres partidos más grandes en los días que siguieron al 1º de noviembre de 1993.¹⁴

3. Para el PAN firmar un pacto para respetar la ley es un absurdo, sin embargo, los mismos panistas han dicho que si no hay voluntad política no hay ninguna ley electoral que sea la mejor, con lo que entramos al ámbito de que lo obvio no necesita mayores rodeos, o tal vez sí.

Tenemos así varias dinámicas que convergen: la ley electoral, recién reformada en 1993, deja algunos márgenes de maniobra para que pueda ser transgredida, con lo cual es posible que no todo esté completamente amarrado, pero quién sabe si sea posible tener todo completamente cubierto. Además, no es sólo eso, sino que quizá se den algunas maniobras sobre aspectos no reglamentados, que para unos sean legítimas y para otros sean fraudulentas. También existen algunos retrocesos como las limitaciones para hacer coaliciones de partidos, tal vez por ello se explique la resistencia de los partidos pequeños a coaligarse. En el fondo de las dos situaciones anteriores tenemos el problema de la falta de certidumbre sobre la limpieza electoral, porque hay una desconfianza generalizada; hay, como dirían los economistas, una desconfianza inercial en el sistema político.

¿Por dónde se inicia la ruptura de los círculos viciosos? ¿Cómo se puede comenzar una política que dé certidumbre a los actores?

¹⁴ Por ejemplo, el PAN señaló que era absurdo pactar sobre el cumplimiento de la ley; el PRD intentó reabrir la reforma política y el PRI hizo malabarismo verbal, como es su costumbre, para apoyar el pacto sin comprometerse en cosas concretas.

8. Los escenarios para 1994

De mantenerse una fuerte polarización y un atrincheramiento de los partidos y sus candidatos durante la campaña presidencial, un escenario probable será el del empate catastrófico, con un veto de la oposición al PRI y con una exclusión como respuesta, o sea, el peor panorama para el país.

Entre el escenario anterior y lo que pueda pasar con las elecciones de 1994 existen muchas posibilidades, que podrían medirse mediante una gama de grises. Lo que hemos querido hacer durante el desarrollo de este trabajo es dibujar el perfil del sistema de partidos en México, con base en algunos de los principales problemas por los que atraviesa nuestra larga y conflictiva transición a la democracia. Más que un ejercicio de prospectiva, se podría plantear un ejercicio de posibilidades.

Los partidos en México se encuentran en una situación doble: por una parte, están en un proceso de formación como sistema de partidos y al mismo tiempo, son actores que participan de un proceso de transición. Ello confiere una doble complejidad al tema y al mismo tiempo vuelve muy conflictiva la relación de la oposición con el gobierno, la relación entre la oposición y la relación entre el gobierno y el PRI.

Hemos dejado planteados algunos temas que pueden perfilar una agenda de problemas sobre los partidos y el sistema político mexicano:

1. Tenemos un país en donde las elecciones empiezan a volverse competitivas, de forma gradual y con una cobertura irregular, al mismo tiempo que las posibilidades de alternancia en el poder son muy limitadas y en muchos casos generan conflictos poselectorales.
2. El sistema de partidos, en su última etapa, es decir, a partir de la reforma política de 1977, se ha formado de manera muy acelerada, si lo comparamos con el sistema de partidos que tuvimos desde el final de la Revolución hasta 1976. La velocidad no sólo es un problema de ritmo, sino que afecta la cultura política porque en muy pocos años se han caído los viejos referentes del autoritarismo como sustento legítimo y en su

lugar han surgido nuevos actores. Algunos viejos protagonistas se ha reciclado y han ocurrido divisiones y alianzas antes inimaginables. Se han establecido nuevas relaciones entre el Estado y las Iglesias, se dieron alternancias estatales selectivas, se produjo un acercamiento entre el panismo y el salinismo, y se emitieron nuevos discursos políticos. Para los que afirmen que estamos igual que hace diez o quince años, la simple enumeración anterior bastaría para demostrar lo contrario. En síntesis, la modificación de muchos referentes básicos (políticos, constitucionales y económicos) ha generado, en cada uno de los tres grandes partidos, la serie de paradojas que hemos apuntado.

3. A pesar de que la transición mexicana está incompleta, curiosamente tenemos un clima político que polariza mucho las posiciones, al tiempo que se ha desdibujado el viejo espectro ideológico. La fragmentación de posiciones es una realidad de nuestra transición, que hace unos años no ocurría, porque con un sistema de partido hegemónico, que controlaba y dominaba todos los planos de la política, era muy fácil ocupar posiciones a los extremos, derechas e izquierdas. Este fenómeno que ha sido construido como posmoderno, como el fin de los discursos con mayúsculas que ordenaban los espectros ideológicos y del discurso político, en México es vivido como uno de los brotes de una nueva cultura política, en la que los reclamos básicos se han orientado hacia la vida cotidiana. Tal vez de ahí la pertinencia de la reflexión y el debate en torno a la relación que existe entre principios ideológicos y posturas pragmáticas.

4. Si es real que estamos en un proceso de construcción de un nuevo sistema de partidos y que el esquema de partido hegemónico está en vías de desaparecer, entonces 1994 será una elección muy importante para definir lo que pase con este proceso de construcción. Pero al mismo tiempo las condiciones que hoy prevalecen pueden desencadenar una crisis política que retrase la construcción democrática. No queremos decir que el país podrá hacerse o deshacerse con esta elección, simplemente consideramos que el resultado político de 1994 definirá en gran medida el futuro del sistema de partidos, sus tiempos y

posiblemente sus ritmos y, en el menor de los casos, será un factor que posibilite o que obstaculice una serie de cambios políticos.

5. La transición democrática y el sistema de partidos tienen varias lógicas y se ubican de forma diferente según se trate de un proceso de magnitud nacional o de territorios locales. Lo primero que se puede destacar es que distinguir diversos niveles y lógicas nos puede ayudar a ponderar el problema. Por ejemplo, a pesar de los conflictos político-electorales del sexenio hay un avance importante en los niveles regionales de competitividad y de alguna forma también en los nacionales, lo cual construye procesos que son irreversibles. Así, es muy difícil pensar que estados bipartidistas (Baja California, Chihuahua o Guanajuato) vuelvan a tener un sistema de partido hegemónico o casi único.

Las elecciones de 1994 plantean muchas interrogantes, porque la polarización es fuerte, las reglas del juego no son satisfactorias y no sabemos cómo se van a comportar los actores políticos y la ciudadanía. Podemos establecer un eje que vaya del conflicto agudo, pase por un conflicto moderado, hasta una legitimidad moderada o fuerte.

Las siguientes posibilidades están pensadas con base en las tendencias de un sistema de partido dominante, en donde el PRI gana bajo distintas modalidades, con mayor o menor conflicto, o con mayor o menor legitimidad. Si este presupuesto cambia, es decir, si gana una de las oposiciones, entonces los escenarios se modifican de raíz, porque las tendencias del sistema se quebrarían y el mismo sistema político entraría en crisis, ya que todavía no existe el espacio de una alternancia nacional. En el caso de un triunfo de la oposición habría que pensar en las posibilidades y las formas de resolución de la crisis que se podría generar en el sistema político; la posibilidad no se descarta, pero habría que pensar en puras situaciones extraordinarias.

El caso de conflicto fuerte significa una crisis política, un 1988 amplificado, una elección impugnada por fraude abierto y burdo, y con una oposición que veta el proceso, con lo cual bastaría repetir los resultados y las prácticas de 1991, pero en un contexto de

sucesión presidencial. Ello además de un uso y abuso de recursos públicos canalizados al PRI, una exclusión de los partidos de oposición de los medios masivos de información y una situación económica crítica. Todos estos factores jugarán un papel muy importante en cada una de las siguientes posibilidades.

En caso de un conflicto moderado, tendríamos a un PRI que gana sin arrollar a sus contrincantes, con irregularidades menores; los grandes números quedarían claros y serían dados a conocer de forma inmediata, el PAN aceptaría los resultados y posiblemente el PRD los impugnaría. La economía no tendría una crisis severa, los recursos públicos no serían canalizados de forma importante al PRI y los medios mantendrían una cobertura irregular, pero no excluyente de la oposición.

En caso de un proceso con fuerte legitimidad, tendrían que acortarse las distancias entre los tres principales partidos, pero al mismo tiempo sería indispensable la transparencia en los resultados, porque con ventajas pequeñas y poca claridad podríamos caer en una crisis. La economía tendría que haberse recuperado con niveles de crecimiento significativo y una campaña generaría un gran debate en torno a la limpieza de las elecciones. El resultado reflejaría claros triunfos de la oposición, con empate en su interior (PAN y PRD con 25 por ciento cada uno y PRI menos de 50 por ciento). El caso de una legitimidad moderada es la posibilidad anterior, pero con todos sus componentes menos desarrollados.

Se puede pensar en el caso de una crisis política. Existe un espectro que no ha tomado una expresión organizada y compacta, que estaría poblado por todos los perjudicados del nuevo esquema económico, desde los que aceptan que el camino del Tratado de Libre Comercio de América del Norte es correcto y puede llegar a ser positivo a mediano plazo, hasta los que no están de acuerdo con él y, además, no ven en el futuro alguna expectativa que pueda sacarlos adelante. Esos amplios grupos de la población pueden inconformarse con el salinismo y castigar al candidato del PRI con un voto por la oposición. El ingrediente de una crisis política estaría dado por las condiciones de las campañas y por la articulación que logre hacer la oposición con esos grupos.

Finalmente, habría otra posibilidad que no es posible desarrollar, pero que podría modificar el escenario de 1994: se trata de algún suceso extraordinario y al mismo tiempo imprevisto que pudiera provocar cambios abruptos y decisiones inesperadas. La posibilidad queda abierta aunque su perfil depende del evento desencadenante.

Ciudad de México, noviembre de 1993.

